

México y Canadá: ¿políticas exteriores convergentes?

Laura del Alizal

La firma de un tratado trilateral de libre comercio en América del Norte es la primera fase de un proceso más amplio de integración económica en el continente americano. Si el proyecto llegara a concertarse, podría mantenerse estancado en ese primer peldaño, o avanzar hacia la formación de un mercado común.

Dadas las condiciones prevaletientes en el escenario mundial, es factible pensar que esta última opción tiene mayores posibilidades.

El fin de la guerra fría y la destrucción de una parte del arsenal nuclear de las potencias militares; las pláticas para alcanzar un acuerdo de paz en Medio Oriente; la orientación hacia la economía de mercado de los países que hasta hace menos de dos años pertenecían al bloque socialista; la terminación del proceso de integración económica en Europa Occidental, prevista para el 31 de diciembre de 1992, y el dinamismo de las economías asiáticas pertenecientes a la llamada Cuenca del Pacífico, permiten pensar que en estos últimos años del siglo XX las negociaciones económicas internacionales atraerán, en buena medida, la atención de los Estados.

En caso de que esta hipótesis fuera la más cercana a la realidad, México, Estados Unidos y Canadá se verían involucrados, en el futuro inmediato, en un acelerado proceso de integración. La coordinación de las políticas económica y social se acompañaría entonces de inevitables cambios en el terreno de las relaciones bilaterales y de la definición de los marcos de acción conjunta en algunos temas de la política internacional.

México y Canadá, como los socios menores, se verían obligados a afrontar las decisiones de los Estados Unidos y a negociar las salidas más acordes con sus propios intereses.

En este contexto, la alianza entre los dos países parecería el camino más indicado, a fin de fortalecer su posición negociadora frente a los Estados Unidos.

Sin embargo, un análisis de las convergencias y divergencias de México y Canadá con los Estados Unidos permite suponer que habría terrenos en los que el acuerdo entre México y Canadá difícilmente se daría.

El objetivo de este ensayo es identificar los problemas que han dado lugar a las coincidencias y discrepancias entre los gobiernos de Canadá y Estados Unidos, y los posibles puntos de confluencia política entre los gobiernos de México y Canadá que pudieran servir para asegurar que en las relaciones trilaterales no sólo las preocupaciones de los Estados Unidos encontrarán una respuesta.

Canadá-Estados Unidos: la convergencia política como cimiento

La apreciación de los acontecimientos del pasado difiere notablemente en México y en Canadá. La historia registra los incidentes derivados del expansionismo de los Estados Unidos cuyo objetivo fue apoderarse del territorio canadiense. El primero de ellos lo constituye la guerra con la Gran Bretaña de 1812-1814, que tuvo como uno de sus principales objetivos la anexión de los territorios del norte.¹

Sin embargo, este intento culminó con el fracaso de los belicistas de Washington, que demostraron la incapacidad de los Estados Unidos para conquistar Canadá, a pesar del pro-americanismo del 60% de los habitantes del Alto Canadá, inmigrantes provenientes de los Estados Unidos.²

El uso de la fuerza militar en este primer intento por extender su territorio hacia el norte, sólo dejó como resultado la obligación para los Estados Unidos de acatar las resoluciones de la comisión diplomática encargada de fijar las fronteras.

¹ Connel-Smith, Gordon, *Los Estados Unidos y América Latina*, México, FCE, 1977, p. 70.

² Giraud, Marcel, *Histoire du Canada*, París, PUF, 1971, pp. 52-53.

Años más tarde, las ideas del Destino Manifiesto y los conflictos entre el norte abolicionista y el sur esclavista se mezclaron para dar origen a una nueva amenaza sobre Canadá.

Cuando el presidente Polk intentaba obtener de España la venta de Cuba, los políticos nortños exigían la anexión de Canadá, como una forma de compensar la entrada de Cuba como Estado esclavista de la Unión.³ Este episodio no pasó de un mero intento, al igual que el de 1872, cuando el presidente Ulysses S. Grant manejó la anexión canadiense como bandera en su campaña por la reelección.⁴

La fracasada política de expansión hacia el norte no dejó cicatrices visibles en los canadienses. La agresividad de Washington ha quedado enterrada en el pasado. Pero, paradójicamente, la indiferencia política ha sido mayormente resentida. Desde sus primeros años de autonomía, el gobierno de Ottawa buscó establecer un diálogo al más alto nivel. La primera visita oficial de un jefe del gobierno canadiense a los Estados Unidos se realizó en 1871, es decir, cuatro años después de haberse formado la Confederación.

Sin embargo, a los ojos de Washington, Canadá representaba los intereses del imperio británico en el continente. De allí que optara —en concordancia con los principios de la Doctrina Monroe— por mantenerse alejado de un trato político que implicara la intromisión europea en América.

Así, cuando en la década de 1880 los Estados Unidos inauguraron el movimiento panamericano, Canadá quedó excluido. Los avances en el camino de la independencia canadiense no significaron un cambio respecto a la inserción de Canadá en el hemisferio occidental.

Esta situación se mantuvo durante décadas. Cuando fue aceptada la competencia internacional de los dominios del Commonwealth Británico (Documento Balfour, 1926) y definido con claridad su estatuto jurídico (Estatuto de Westminster, 1931), los Estados Unidos mantuvieron un trato diferenciado por una parte, hacia Canadá, y por otra hacia América Latina.

La situación creada en el continente americano por la cercanía de la Segunda Guerra Mundial, que llevó a un acercamiento de Estados Unidos con sus vecinos del norte y del sur, no tuvo impacto alguno

³ Connel-Smith, G., *op. cit.*, p. 107.

⁴ Jackson, Robert J. *et al.*, *Politics in Canada*, Ontario: Prentice-Hall Canada Inc., 1986, p. 653. Grant argumentaba que la Gran Bretaña debería ceder el Canadá a cambio del daño que un barco británico había causado a propiedades norteamericanas.

en la percepción que Estados Unidos tenía de la integración de Canadá al sistema interamericano.

En el periodo interbélico los países latinoamericanos se mostraron, en diversas oportunidades, interesados en invitar a Canadá a unirse a las conferencias panamericanas. Sin embargo, Estados Unidos no estuvo dispuesto a aceptar ni siquiera su participación como observador, tal y como lo propuso México en alguna ocasión.⁵

Fue hasta el final de la Segunda Guerra Mundial cuando esta situación cambió. Por una parte, el territorio de Canadá quedó incluido en el esquema de defensa adoptado en el Tratado de Asistencia Recíproca; por la otra, el nombre proporcionado a la organización regional del continente americano, Organización de Estados Americanos (OEA), hacía posible el ingreso de Canadá.⁶

No obstante, a éste no le interesó adherirse al sistema interamericano. Su participación directa en el conflicto bélico al lado de las potencias triunfadoras y el apoyo prestado a la organización de las instituciones internacionales encargadas de asegurar el mantenimiento de la paz, habían llevado las relaciones con su poderoso vecino por un excelente camino.

La diplomacia canadiense en esos años estuvo orientada a consolidar su posición al lado de las potencias aliadas. Llegado el momento de la guerra fría y la formación de la alianza militar occidental, Canadá desempeñó un papel de primera importancia.

Los líderes canadienses compartían ampliamente los objetivos que los Estados Unidos asignaban a la organización. Detener la expansión militar soviética por medio de un tratado de seguridad colectiva fue una idea en la que ambos países coincidieron sin reservas, al igual que en la concepción de los fines del tratado.

Esta situación dio lugar a que Canadá pudiera desempeñarse como un mediador entre Estados Unidos y los aliados europeos. De hecho, los años de la negociación del Tratado del Atlántico Norte son considerados por algunos autores como la época de oro de la diplomacia canadiense en Washington.

La activa participación de los diplomáticos y funcionarios canadienses en la negociación de la Organización del Tratado del

⁵ Esto fue en 1933, cuando se celebró la Séptima Conferencia de Estados Americanos, en Montevideo. Véase: G. Cornell-Smith, *El sistema interamericano*, México, FCE, 1971, p. 24.

⁶ Hasta entonces el panamericanismo se ufana de reunir en sus filas a las repúblicas del continente.

Atlántico Norte (OTAN) les dio acceso a los centros de decisión de la política internacional.

Canadá se convirtió rápidamente en un mediador que permitió suplir las fallas de comunicación directa entre los funcionarios estadounidenses y los aliados menores de Europa, a quienes Estados Unidos nunca dudó en dejar fuera de las decisiones y del control de la organización.

Asimismo los canadienses demostraron su habilidad al participar en el "cabildo" en Washington para la aprobación del tratado, y también al convertirse en promotores de las reformas a la recién creada organización para evitar daños al consenso que, desde su perspectiva, debería regirla.⁷

Sin embargo, los analistas de la política exterior canadiense señalan cómo después de ese breve y brillante desempeño de la diplomacia de su país, no ha habido otro periodo en que su voz sea escuchada por los norteamericanos. Para Thomas Hockin,

Una razón para el escaso interés de los Estados Unidos [en la opinión canadiense] ...es que ningún gobierno canadiense ha desarrollado doctrinas estratégicas que desafíen o confirmen cualquiera de los debates estratégicos [en el seno de la OTAN]...⁸

El gobierno canadiense dejó en manos de los estadounidenses la decisión acerca de la defensa nuclear del país, lo que se tradujo en una de las más serias crisis políticas en Canadá.

En efecto, el papel secundario del gobierno de Canadá en el comando militar norteamericano para la defensa aérea (NORAD), creado en 1958, provocó desde su creación largas e intensas discusiones en el Parlamento. El malestar creció cuando el gobierno canadiense, que había decidido la nuclearización de su arsenal, enfrentó la exigencia de los Estados Unidos de integrar sus sistemas militares en la OTAN y el NORAD.

Esta discusión dividió al gobierno en el poder. La subordinación política canadiense en los acuerdos de seguridad era inocultable. Más lo fue cuando la orden que puso en estado de alerta a las fuerzas canadienses de la NORAD durante la crisis de los misiles en Cuba,

⁷ Véase Thomas A. Hockin, "La diplomacia canadiense en Washington: dos épocas comparadas", en R. Barry Farrell, *América Latina y Canadá frente a la política exterior de los Estados Unidos*, México, FCE, 1975, pp. 161-175.

⁸ *Ibid.*, p. 183.

fue adoptada sin por lo menos haberse realizado una reunión del gabinete canadiense, hecho que provocó la caída del gobierno del primer ministro Deifenbaker, en febrero de 1963.

El gobierno que lo sucedió, dirigido por Lester Pearson, aceptó la integración del arsenal nuclear canadiense tal y como lo reclamaban los Estados Unidos.⁹

La responsabilidad exclusiva de estos últimos en la defensa nuclear continental, a pesar de la crisis interna canadiense, se mantuvo. Canadá aportaba un presupuesto 13 veces menor al del socio mayor y asignaba 17 veces menos soldados a las tareas específicas de la defensa aérea conjunta. Mas Canadá no era el único en resentir el peso de la hegemonía estadounidense. El monopolio nuclear de la superpotencia había sido aceptado por los miembros de la alianza militar —con la sola excepción de Francia— como una inevitable limitación a la independencia de los gobiernos.

De esta forma, es posible afirmar que los aspectos militares de las relaciones entre Estados Unidos y Canadá no han sido motivo de desacuerdos políticos profundos entre los dos gobiernos. Por el contrario, en el periodo de la posguerra la colaboración político-militar establecida se fundamentó en una amplia coincidencia de intereses entre ambas naciones. Sin embargo, en este periodo también se definió con claridad el terreno en el que se presentarían los principales diferendos: las relaciones económicas.

La posguerra constituyó una etapa de auge económico que pronto se tradujo en un crecimiento de los vínculos económicos entre los dos países.

En los años cincuenta, Estados Unidos y Canadá se convirtieron en importantes socios comerciales. Los volúmenes y los montos de los intercambios en ambos sentidos se multiplicaron y los temas económicos comenzaron a dominar la agenda bilateral.

Tal y como los demuestran Keohane y Nye, conforme fueron creciendo los intereses económicos entre los dos países y los puntos de conflicto tendieron a ubicarse principalmente en este ámbito, la capacidad de Canadá para lograr en la negociación resultados cercanos a sus objetivos particulares fue creciendo.¹⁰

El mayor peso que los gobiernos canadienses de las últimas décadas han otorgado al componente económico en la elaboración

⁹ Keohane, Robert O., y S. Nye, Joseph, *Poder e interdependencia. La política mundial en transición*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1988, tabla 7.8, p. 241.

¹⁰ *Ibid.*, tablas 7.6 a 7.15, pp. 235-255.

de su política exterior, ha tenido repercusiones importantes en el terreno político.

En enero de 1980, el presidente James Carter decidió cancelar la venta de 17 millones de toneladas de granos para abastecer el mercado soviético, y suspender la venta de material estratégico y alta tecnología, como una respuesta a la invasión soviética a Afganistán.

Canadá, uno de los principales exportadores de granos a nivel mundial, se sumó al embargo decretado por Washington, acción acorde con el apoyo tradicionalmente prestado al manejo de las relaciones Este-Oeste por parte de Estados Unidos.

Meses después, el 17 de noviembre, el gobierno canadiense manifestó su decisión de levantar el embargo de granos a la Unión Soviética. Este anuncio fue hecho un día antes de que Estados Unidos diera a conocer su decisión de aprobar la exportación a la URSS de los materiales necesarios para la construcción de un gasoducto entre Siberia y Europa Occidental.¹¹

Canadá había logrado finalmente que Estados Unidos reconociera de manera franca su calidad de principal socio comercial e importante aliado político.

La firma del Acuerdo de Libre Comercio entre Estados Unidos y Canadá, en vigor a partir del 1 de enero de 1989, fue una demostración de que Estados Unidos había comprendido que si bien la dependencia económica de Canadá era mayor, las importaciones canadienses eran lo suficientemente importantes como para abrir una negociación que diera salida institucional a los conflictos económicos existentes y allanara el camino hacia la integración.

La decisión estadounidense de lograr con México un acuerdo similar al alcanzado con Canadá, llevó a este último a sumarse a las negociaciones.

Para Estados Unidos, el acuerdo con México significa no sólo el reconocimiento de su importancia como comprador en el mercado estadounidense, sino también la posibilidad de mejorar los niveles de productividad de sus empresas mediante el reforzamiento de las inversiones en México.

Para Canadá el tema de la inversión estadounidense es de importancia clave en el aspecto económico y fuente que nutre un nacionalismo que, a pesar de ser reciente, ha echado raíces.

¹¹ Institut international d'études stratégiques, *Situation stratégique mondiale 1981*, París, Berger-Levrault, 1981, pp. 213 y 216.

La posible captación por parte de México de capitales estadounidenses instalados en Canadá fue una razón poderosa para la participación de este país en la creación de la zona de libre comercio en América del Norte.

México y Canadá: un encuentro reciente

La dinámica internacional del cambio económico ha puesto a México y a Canadá en el camino de la integración.

Hace apenas ocho años los dos países coincidían en descartar la posibilidad de crear un mercado común en la subregión.¹² Hoy se encuentran inmersos en el proceso de negociación de lo que se considera como una primera etapa del proceso de integración económica entre dos o más países.

La historia de las relaciones entre México y Canadá es sencilla: nunca ha existido un conflicto grave entre ellos, y los vínculos existentes son reducidos.

Desde los años setenta, Canadá aparece como una opción de diversificación de las relaciones económicas y políticas del país. De allí que, en la definición de las áreas y los países que recibirían por parte de México una mayor atención, se encuentre Canadá en un lugar privilegiado.

Los intentos por aumentar el comercio con este país realizados en el periodo 1970-1976 fracasaron rotundamente. Los problemas económicos que caracterizaron a esta década (recesión, inflación, desempleo masivo), impidieron que la estrategia de acercamiento puesta en marcha por el gobierno mexicano tuviera resultados positivos.

En la década de los ochenta los intercambios mostraron fuertes variaciones, y en 1990 el comercio realizado con Canadá apenas significó el 1.2% del total del comercio exterior mexicano.¹³ En

¹² Barrios Gómez, Agustín, "México-Canadá", en *Grandes temas de la política exterior mexicana*, México, FCE, 1983, p. 168.

¹³ Según las cifras preliminares del comercio exterior en 1990, las exportaciones de México a Canadá sumaron 230.6 millones de dólares de un total de 26 779.3. Por el lado de las importaciones, Canadá envió al mercado mexicano bienes por un valor de 459.4 millones de dólares, mientras que el monto de las adquisiciones totales de México en el exterior fue de 29 775.3 millones de dólares, *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 7, México, julio de 1991, p. 721.

términos de la inversión extranjera directa, Canadá participó con un 1.3% del total, aproximadamente.¹⁴

Es evidente que los esfuerzos mexicanos por lograr una relación económica más estrecha con Canadá han sido infructuosos, lo cual sin embargo no puede servirnos como un indicador seguro de que en las negociaciones en marcha para la creación de la zona de libre comercio se presente necesariamente un problema de falta de comunicación.

En la década pasada, Canadá y México organizaron conjuntamente la reunión de Cancún sobre el diálogo Norte-Sur, durante la cual expresaron posiciones coincidentes en cuanto a la necesidad de impedir que la brecha entre países ricos y pobres siguiera ensanchándose. Es decir, existe la experiencia de coordinación política y una visión general compatible sobre el tema del desarrollo económico en las relaciones internacionales y su importancia en la elaboración de la política exterior de los Estados.

Hay también otros elementos que permiten pensar que México y Canadá pueden adoptar posiciones coincidentes en la negociación con los Estados Unidos. El nacionalismo canadiense, manifestado en los años setenta como una búsqueda de independencia económica de los Estados Unidos, dejó su huella y se evidencia en ciertas concepciones sobre la inversión extranjera y en la necesidad de poner en práctica políticas de protección industrial.

Desde este punto de vista, es factible que los negociadores canadienses y mexicanos sean mutuamente receptivos y estén dispuestos a aceptar los límites establecidos por la política interna a la negociación del tratado de libre comercio.¹⁵

Un antecedente importante en la convergencia en cuanto a la defensa de intereses comunes entre México y Canadá, lo constituyó la decisión, en 1986, de presentar conjuntamente una queja ante el Consejo de Representantes del GATT en contra de una decisión unilateral de los Estados Unidos que afectaba las exportaciones petroleras de los dos países.

¹⁴ Según cifras de la Dirección General de Inversiones Extranjeras de la SECOFI, la inversión extranjera acumulada en 1989 ascendió a 26 587.1 millones de dólares, de los cuales 360.9 eran de origen canadiense. Cifras citadas por José Alberto Sánchez Covarrubias, *Las relaciones México-Canadá (1970-1988)*, mimeo, UAM-I, septiembre de 1991, pp. 25-26.

¹⁵ Durante una entrevista que sostuvieron el presidente Salinas de Gortari y el primer ministro de Canadá, Brian Mulroney, en California, acordaron el respeto mutuo a los temas que cada país considere deben ser excluidos de la negociación. *Excélsior*, 30 de septiembre de 1991.

El éxito de la acción emprendida por estos países en contra del proteccionismo norteamericano será sin duda un aliciente en el futuro que les permitirá enfrentar las decisiones de su poderoso vecino, tomadas al margen de los acuerdos institucionales existentes.

La conveniencia de que México y Canadá aprovechen las convergencias para obtener una solución a los conflictos que favorezca a sus intereses en calidad de socios menores en la asociación con los Estados Unidos, es evidente. Probablemente los gobiernos de estos países encaminarán sus esfuerzos en la búsqueda del apoyo mutuo que los fortalezca.

No obstante, cuando pensamos en una futura coordinación en política internacional en el marco del proceso de integración, América Latina y el Caribe aparecen como la región hacia la cual seguramente se dirigirán las primeras decisiones, y con ello el panorama de las convergencias México-Canadá se oscurece.

La Iniciativa de las Américas presentada por el presidente George Bush en septiembre de 1990, busca asegurar la posición de Estados Unidos en la nueva configuración de las relaciones económicas internacionales, en el marco de la recuperación económica regional.

La propuesta, aún no precisada, pretende la reactivación de las relaciones comerciales con América Latina mediante la reducción o eliminación de aranceles y otros obstáculos no arancelarios al comercio intrarregional.

Es previsible que una vez terminada la negociación del TLC con México y Canadá, se den los primeros pasos para la definición del papel que tendrán Centroamérica y los países sudamericanos en la formación del bloque comercial del continente americano. Es en este momento cuando los diferentes enfoques de México y Estados Unidos acerca de las relaciones interamericanas pueden entrar en conflicto, y obligar a Canadá a sumarse a una u otra posición. El caso más evidente que ha comenzado ya a aflorar es el de Cuba.

La agresividad del discurso de Bush en contra del régimen encabezado por Fidel Castro durante la sesión inaugural de la Asamblea General de Naciones Unidas, demuestra que los Estados Unidos están dispuestos a aumentar las presiones con el fin de provocar la caída de un gobierno que ellos consideran al borde del precipicio.

Si bien, en principio, el gobierno mexicano no sacrificaría la armonía existente en las relaciones bilaterales con los Estados Unidos por la defensa de Fidel Castro y el socialismo cubano, es

evidente que los excesos estadounidenses pudieran empujar a México a adoptar una posición enérgica en el caso cubano.

Este endurecimiento de la posición estadounidense puede colocar a México en una situación difícil. El deterioro de la economía cubana como consecuencia del retiro de la ayuda soviética tenderá a crecer en los próximos meses.

El ritmo acelerado que llevan las negociaciones del TLC permite suponer que el borrador del mismo esté listo en los primeros meses de 1992. Una acción estadounidense encaminada a estrechar el cerco económico tendido en contra de Cuba, en estos momentos de crisis profunda en la isla, ¿qué respuesta encontraría por parte de México y Canadá?

Ambos países mantienen intercambios con Cuba como una muestra de su independencia de criterio en política internacional. Sin embargo, en este caso, es difícil aventurar la posibilidad de una alianza.

La experiencia histórica en las relaciones de Estados Unidos y Canadá demuestra la cautela de la política canadiense en los asuntos que revisten una importancia fundamental para la política exterior de los Estados Unidos.

Para Canadá las relaciones con Cuba carecen de prioridad, por lo cual no es factible esperar una respuesta que pudiera provocar roces con los Estados Unidos. Antes bien, la reticencia de los gobiernos canadienses para formar parte de la OEA —que se explica en el hecho de que este país no ingresó a la organización sino hasta febrero de 1990— obedeció en gran medida al deseo de mantenerse fuera de los conflictos que tradicionalmente han opuesto a los Estados Unidos y América Latina.

Por el contrario, en el caso de México, Cuba ha tenido históricamente una marcada relevancia en la elaboración de la política exterior mexicana, y en los años sesenta se convirtió en el símbolo de su independencia política frente a los Estados Unidos. Un símbolo quizá tan importante como lo fue la expropiación petrolera, expresión de la soberanía económica de la nación.

México y Canadá difícilmente estarán uno al lado del otro en caso de conflictos que opongan a Estados Unidos con los países de América Latina y el Caribe. Un solo ejemplo, un hecho reciente permite adelantar la hipótesis de que Canadá tenderá a apoyar las posiciones estadounidenses en el ámbito de las relaciones en el continente.

La discusión en la OEA acerca del golpe militar contra el gobierno

democráticamente electo de Jean Bertrand Aristide en Haití,¹⁶ permitió que se formularan con claridad las respuestas de los estados americanos a un nuevo atentado contra la naciente democracia en el continente.

Por una parte, el gobierno de México reiteró su posición acerca de que los conflictos políticos en el continente obedecen a las condiciones de miseria en que vive una porción significativa de los habitantes de América Latina y el Caribe. Su propuesta consistió en la adopción inmediata de un programa de ayuda económica que permitiera a la población haitiana superar los “niveles de vida infrahumanos” que padece, y crear las condiciones mínimas que sustenten un sistema político democrático. Al mismo tiempo, el gobierno mexicano aceptó la adopción de medidas de presión diplomáticas, económicas y políticas en contra de los militares golpistas, para lograr la reinstalación del gobierno de Aristide.

Por su parte, Estados Unidos y Canadá apoyaron la propuesta presentada por Venezuela —a la cual se sumó también Jamaica— de utilizar la fuerza militar para reinstalar al gobierno democráticamente electo en Haití.

El recurso de la fuerza militar fue rechazado por la mayoría de los miembros de la comunidad latinoamericana representados en la OEA, aunque la posibilidad de su uso no quedó totalmente excluida.

La posición de México, contraria al uso de la fuerza en la resolución de los conflictos internacionales, no encontró eco en Canadá. Si esta línea se mantiene, una nueva oleada de inestabilidad política en América Latina y el Caribe probablemente provocaría desacuerdos que nunca antes se habían manifestado entre ambos países.

Continuando con esta hipótesis, en el caso específico del Caribe, un área hasta hace poco desatendida por la política exterior mexicana a pesar de su cercanía geográfica, Canadá y México se encontrarían en bandos opuestos, con obvia desventaja para este último.

Canadá mantiene un excelente nivel en sus relaciones con los países del Caribe angloparlante, miembros también del Commonwealth británico. La historia reciente nos muestra la inclinación de los países del Caribe a apoyar las posiciones de política hemisférica de los Estados Unidos.

¹⁶ *Excélsior*, 3 de octubre, 1991.

En la década pasada, la invasión a Granada decidida por el gobierno de Ronald Reagan se realizó con el auxilio de las tropas de los países miembros de la Organización de Estados del Caribe Oriental. Más recientemente, el golpe de Estado en Haití originó el pronunciamiento de la Comunidad Económica del Caribe (CARICOM) para que se hiciera uso de la fuerza militar con el fin de reinstaurar al gobierno constitucional.

Conclusión

Para la política exterior de México de las dos últimas décadas, la relación con Canadá representó oportunidades que no pudieron traducirse en el estrechamiento de los vínculos económicos, políticos y culturales.

La creación de una zona de libre comercio en América del Norte ha colocado al gobierno mexicano ante la necesidad de negociar con los Estados Unidos y Canadá, es decir, con su poderoso vecino y con un socio hasta ahora secundario.

La asimetría de poder entre los Estados Unidos, por una parte, y Canadá y México por la otra, coloca a los socios menores en el camino de la búsqueda de consensos que les permita negociar en una mejor posición.

En el pasado reciente México y Canadá emprendieron acciones conjuntas que ponen de manifiesto su interés por romper el proteccionismo de los Estados Unidos y la importancia que ambos gobiernos otorgan a los aspectos económicos de las relaciones internacionales. Estas experiencias pueden facilitar el entendimiento entre los dos países y la adopción de posturas comunes frente a los Estados Unidos.

Sin embargo, no podemos exagerar las perspectivas de una coordinación entre ellos. En el área de la inversión extranjera, por ejemplo —un aspecto de particular interés para Estados Unidos en el caso de México y en el cual los negociadores mexicanos tendrán la oportunidad de lograr su mejor desempeño—, podrían surgir desacuerdos importantes entre los socios menores. La competencia por atraer los capitales estadounidenses puede manifestarse como un enfrentamiento de oposiciones en el momento de la negociación.

Asimismo, en el terreno político hay indicios de la posibilidad de que los pocos avances logrados en el pasado sobre la identificación de los intereses comunes con Canadá y la elaboración de iniciativas

conjuntas en política internacional, resulten en una oposición de México a las propuestas sostenidas por Estados Unidos y Canadá.

La desventaja que esto representa para México no será fácil de contrarrestar. Las coincidencias políticas de los gobiernos de Estados Unidos y Canadá han sido una constante en las relaciones de estos dos países en la posguerra.

Ante esta realidad, México debe mantener una actividad internacional que sirva a sus objetivos tanto de política interna como de política exterior, procurando no enfrentarse permanentemente a sus socios comerciales pero sin abandonar los lineamientos de una posición internacional que cuenta con un amplio consenso entre los mexicanos.